

los pueblos. Si en los siglos de la idolatría reinaba el desorden en lo que mira á la Religion y á las costumbres, la autoridad pública por lo menos estaba á cubierto de sus tiros, y en unas naciones avezadas á reverenciar en sus reyes á los hijos de los dioses, y á celebrar sus apotéosis, se hubiese condenado á la execracion, como infamado del mas sacrilego atentado, quien quiera que hubiese osado hacer vacilar los tronos, ó hablar con ligereza contra el respeto y obediencia que se tributaba á los príncipes. El error que elevaba sobre la clase humana á las potestades de la tierra, era siquiera util á la seguridad de la subordinacion y al reposo de los estados; se acercaba á la verdad del Cristianismo, que nos enseña, que *toda potestad viene de Dios*, y que el homenaje de nuestra sumision

á la magestad de los reyes es un deber paralelo en concepto de una rigurosa analogía, al tributo de adoracion que debemos á la magestad Suprema; mas no me propongo hablaros aquí del carácter turbulento y sedicioso de nuestros filósofos; este asunto se presentará despues á la pluma.

No pueden leerse sin indignacion ó lástima ciertos escritos en que se hallan con asombro reflexiones para la apología, y aun en elogio de la Religion pagana. ¡Tanto puede el odio de la verdad para cegar la razon! Y no obstante, si despues de la caída del paganismo el mundo no hubiera hallado otro recurso á que acogerse, que en los desesperados sistemas de la filosofía de nuestro siglo, debia lastimarnos de que hubiese perdido sus templos y sus ídolos, siendo imposible imaginar un medio mas indefec-

tible para causar su extrema desgracia, que precipitarle de las tinieblas de la idolatría en el abismo de la Incredulidad. Este estado es mucho mas deplorable, porque si entre los idólatras quedaban algunos vestigios de razon y de verdad, en los incrédulos se estinguen todas las verdades, se desvanecen las reglas y vacilan los principios; ó por mejor decir, les suceden otros principios inficionados y desoladores, que borran hasta las huellas de las primeras impresiones virtuosas, alentando al hombre á mirarse á sí solo en la naturaleza, y á destruir el universo entero, si tiene fuerza para ello y si esta ruina puede servir á satisfacer tan solo uno de sus deseos.

Trazad si podeis, Señor Vizconde, un cuadro exacto de todos los crímenes y horrores que se hallan

esparcidos en la historia del mundo; añadid la enumeracion de todas las atrocidades, con que no saliendo de la esfera de posibles, la maldad aun no ha mancillado todavía la tierra; y estudiad despues los sistemas de la Incredulidad dedicandoos á penetraros bien de su espíritu y verdadero designio. Si de todas las abominaciones que hubieseis recogido ó imaginado, hay una sola que no podáis justificar evidentemente por los principios, de que habreis tomado conocimiento en los libros que se llaman *filosóficos*, sereis vos mismo una nueva prueba despues de tantas otras, de que un hombre de talento tambien puede caer en el engaño de un artificio tan hipócrita.